

## ES UNA VIDA MARAVILLOSA

Johnny Hunt | Transcripción del sermón

Pensamos en Pedro, Santiago, Juan y Andrés. Jesús se refirió a Santiago y a Juan como los “hijos del trueno”. Al poco tiempo demostraron que Jesús tenía razón. Resulta que algunos no quisieron escuchar el evangelio y le pidieron permiso al Señor para que cayera fuego del cielo y los destruyera. Pedro era impetuoso, precipitado, atrevido, ¡a veces hasta orgulloso! La mayoría de las veces —la verdad, ¡muchas veces! — respondió sin el permiso de Cristo. Yo me siento más identificado con Pedro. Luego sigue el personaje que queremos estudiar. Uno “bastante modesto y poco conocido”.

La Biblia dice que él alcanzó a uno, pero ese uno que había alcanzado, alcanzó a miles. ¿Sabías que la mayoría conoce a los que tocan a miles, pero no conocen a los que tocan a uno? Permíteme hacerte una pregunta. Has leído mi testimonio y hay millones —y no estoy exagerando— de copias de mi libro *“De la mesa de billar al púlpito”*, que ha sido traducido a diferentes idiomas y distribuido en todo el mundo por más de 20 años.

Ahora, ¿cuántos de ustedes saben quién fue N. W. Pridgen? ¿Hay alguien más, aparte de mi esposa, que sepa cómo era? Él era muy modesto y nadie lo conocía. Nunca fundó una iglesia ni nunca impulsó un movimiento, pero tocó el corazón de un jovencito que jugaba en las mesas de billar. Y es cierto, solo tocó a uno, pero ese uno esta mañana le está predicando a miles y millones de personas —más de 20 millones por internet a través del KINGDOM SAT— en 72 naciones del mundo.

Hemos perdido la noción de cuánto importan quienes sienten que su vida es insignificante. La Biblia nos enseña que cuando Andrés le entregó su vida a Jesús, lo primero que hizo fue ir a encontrarse con su hermano para traerlo delante de Jesús. Él no hizo lo que algunos padres hacen, que solo envían a sus hijos a la iglesia. No, Andrés no le dio a Pedro a dónde debía ir, Andrés lo trajo delante de Jesús.

Uno se pregunta por qué la Escritura nos muestra qué fue lo primero que hizo Andrés después de conocer a Jesús. Esto es como si nos quisiera hablar sobre sus prioridades y de la importancia de traer a otros a Cristo. Te voy a decir por qué la Biblia nos muestra esto. Es porque cuando vienes a Jesús —sin excepción— todos tenemos a alguien que amamos profundamente. Por eso, vas y les cuentas lo que acabas de experimentar. En mi caso, esa persona fue mi mamá. Yo pensé: “¡tengo que compartirle esto a mi mamá!” Y luego, en vez de seguir enfadado con mi papá por habernos abandonado, pensé: “¡mi papá no se hubiera ido de casa si él hubiera conocido lo que yo conozco ahora!”

A 150 millas al norte de esta iglesia, en Canton, yo traje a mi hermano Norman a Jesús. Muchos de mis mejores amigos están en el ministerio, enseñando en la escuela dominical o cantando en el coro. Donald Pope está en la iglesia bautista de Hampstead porque yo lo traje a Jesús. Esta semana muchos en el condado de Cherokee están sorprendidos y a la vez muy tristes, ¿sabes por qué? ¿Leíste en las noticias sobre Josh Roberts? Él era un joven afroamericano de 21 años, muy bien parecido. Un atleta en Kennesaw. Él y otros jóvenes más estaban levantando un bote utilizando un elevador de botes y algo funcionó mal, y el bote cayó sobre él aplastándolo de inmediato.

Josh era un buen joven. Una vez lo trajeron a la iglesia y me pidieron hablar con él: “pastor, lo invitamos a la iglesia, le agradeceríamos mucho si pudiera dedicarle unos minutos. ¡Es una gran persona!” Eso sucedió hace como dos años.

¿Se enteraron de lo que le pasó a otro joven? Yo no lo conocía, pero mis nietos me llamaron y me dijeron que ellos lo conocieron cuando estuvieron yendo a la escuela cristiana de Cherokee hace dos años. Ahora mis nietos hacen homeschool con la universidad Liberty porque sus padres están viajando por varias ciudades con el tour Winter Jam. El asunto es que el padre de este jovencito es un doctor. No sabemos qué pasó. Algunos compañeros de él en Facebook dijeron que lo habían visto el viernes en la escuela y que se veía muy bien, pero el sábado se quitó la vida.

Tenía trece o catorce años. Miren, no sabemos cuándo vidas como las de jóvenes como estos dejarán de existir, pero permíteme decirte lo siguiente: no hay jóvenes que mueran y que no sean importantes. Cuando traemos a alguien a Cristo, nunca traemos a alguien que no tenga valor. ¿Sabías que fuiste creado a imagen de Dios? ¿Sabías que Cristo pagó en la cruz el más grande precio para redimirte? ¿Crees que eso es insignificante? Así que, regresando a Andrés, su nombre significa: “varonil”. Él no era un debilucho, era audaz, decidido y determinado. Estas son algunas palabras que los teólogos usarían para describir el significado

de Andrés, pero él realmente supo cómo trabajar tras bambalinas. No necesitó de una plataforma. Quiero contarte lo que me sucedió en la escuela dominical hace tres semanas. Cada semana, a las 8 de la mañana, asisto a la escuela dominical. Yo no enseño en la escuela dominical. Nunca lo he hecho aquí en Woodstock. Solo soy un asistente más. ¿Por qué? Porque tengo un compromiso con la Palabra y porque amo la Palabra de Dios. Allí estamos estudiando el libro del profeta Amós en la clase que imparte Justin McCord.

Hace tres semanas mientras estaba sentado, un hombre joven también estaba sentado junto a mí. Estábamos sentados y me dijo: “Pastor Hunt, ¡hola! Yo siempre he querido acercarme para estrechar su mano”.

Yo le dije que me daba gusto conocerlo.

Me dio su nombre, se llama: Sammy. Es probable que Sammy esté en este lugar. Yo le dije a Sammy que me daba mucho gusto conocerlo.

Sammy me dijo: “¿tendrá un minuto para escuchar algo que le quiero relatar? Y yo le dije que sí, que me gustaría escucharlo.

Entonces me aseguré que yo iba mucho a Buffalo y le dije que no comprendía.

Me dijo que cada vez que yo iba, él había invitado a su esposa a la iglesia, contándole cómo Cristo me había cambiado y que hasta le había dado varios tratados. También me dijo que su esposa tenía un nuevo compañero del trabajo que era miembro de esta iglesia. Y ese compañero también comenzó a darles tratados e invitarlos a la iglesia. Entonces, su esposa y él platicaron y llegaron a la conclusión de que Dios los estaba llamando. Bueno, al final ambos le entregaron su vida a Cristo y hace tres semanas se bautizaron. ¡Sí! Estas son las cosas de las que me gusta enterarme. Eso no es insignificante, ¿verdad que no? Ellos le importaron a alguien.

Un buen número de ustedes —la mayoría— irá a comer hoy. ¿Te preocuparás por la persona que te atenderá o solamente serán meseros insignificantes? Y antes de que digas que son insignificantes, lee el primer libro que escribí, porque hay un capítulo sobre mi madre donde explico por qué soy generoso cuando doy una propina. Mi madre era mesera. Trabajaba en la fábrica Century Meals durante el día y luego se iba a trabajar a White Front Grill, y yo era la razón de su esfuerzo. En esta semana pensé en algo que nunca había pensado. Resulta que por muchos años no tuvimos auto. Mi madre caminaba al centro para trabajar y así mantener a sus seis niños. Eso no es para nada es insignificante.

Lo que quiero hacer esta mañana es profundizar en la vida de hombre. A propósito, déjame decirte algunas cosas muy significativas de Andrés. Los teólogos dicen que él fue el primer discípulo de Jesucristo. Primero él y después Juan. Pon atención. Él fue discípulo de Juan el Bautista, quien probablemente lo bautizó en el río Jordán. Pero Juan le dijo: “*Yo te bautizo en agua, pero el que viene después de mí te bautizará con el Espíritu Santo. Déjame decirte lo importante que es el que viene después de mí. Yo solo le estoy preparando el camino. Pero él lavará tus pecados.*”

Y así, un día, mientras Andrés estaba de pie con su mentor, Juan el Bautista le dijo en Juan 1:29: “*He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo*”. A partir de ese momento Andrés dejó de seguir a Juan para comenzar a seguir a Jesús. Él fue su primer discípulo. Andrés es un hombre que aparentemente fue insignificante, pero hizo una gran diferencia.

Ayer en la mañana prediqué en la primera iglesia bautista de Jacksonville, Florida. Fue la primera vez que estuve en esa iglesia. Homer Lindsay fue pastor en ese lugar. Homer Lindsay fue un héroe en mi vida. He hablado tanto su impacto en mi vida que un día alguien me dijo: “Oye, ¿te has percatado de cuánto le atribuyes tu crecimiento a Homer Lindsay?”

Y yo le respondí: “¡la verdad no me había dado cuenta!”

Me dijeron: “escucho tus CD’s y tú siempre estás mencionando cuánto te influenció”.

Él fue quien me enseñó la siguiente frase: “Si sabes qué es lo que te apasiona y disfrutas hacer, entonces esfuérzate y no lo abandones”. Por eso sigo aquí después de 27 años. La mayoría de ustedes me caen bien.

Él fue quien me enseñó que se necesitan seis años para ser pastor en una iglesia. Me dijo: “No te vayas. Permanece donde estás. Deja que te conozcan y conócelos a ellos también”. Homer Lindsay decía que cuando pensaba en Andrés se le venía a la mente la palabra “invitador”. Déjame explicarte por qué esto es significativo. 96% de las personas que algún día se van a sentar en los asientos vacíos a tu alrededor, vendrán porque alguien los invitará. Es decir, por un “invitador”. Los van a invitar, ellos van a venir y van a escuchar el evangelio. Pero, vendrán gracias a la invitación de un amigo, un vecino, un compañero de trabajo o un pariente, y entonces, serán cambiados para siempre.

Yo creo que Andrés no solo fue un “invitador”. Déjame decirte cómo lo veo yo. Él fue alguien que presentaba a otros a Jesús. A todo el mundo le gusta presentar a otros. Decimos: “hola, te presento a mi esposa. ¿Ya la conocías? Es la mujer bonita que está sentada en la fila del frente, ¡justo allí!” O también decimos: “Oye, déjame presentarte a mi amigo”. Si alguien se acerca y Chris y yo estamos platicando, entonces yo voy a decir: “Chris, ¿conoces a John? Es mi amigo Chris”. Somos personas que presentamos a otros.

¿Alguna vez has presentado a alguien que sabes que es especial? Por ejemplo, tu mejor amigo. ¿Tú nunca le has presentado tu mejor amigo a alguien?

Hay otra forma que yo usaría para describir a Andrés y es que él fue alguien que “traía a otros”. “Oye, ¿cuándo comenzaste a venir a Woodstock? Mis vecinos me trajeron”. ¿Escuchaste del niño que dijo que su familia lo llevó a la iglesia porque lo drogaron? Él dijo: “Yo estaba drogado”. Ya sea que los arrastres, los traigas o los invites, de igual forma los estás trayendo.

La historia de Andrés es la de un héroe anónimo porque la mayor parte de su vida la pasó detrás del escenario. Si estudias a algunos grandes teólogos te dirán muy poco sobre Andrés. Lee algunos libros sobre los discípulos. Lee libros sobre los mártires y vas a encontrar historias maravillosas, pero casi no hay nada escrito sobre este discípulo. Así que lo que voy a hacer esta mañana es emplear tres palabras para describirlo. Esas palabras serán la base del sermón que voy a exponer.

Es una vida maravillosa. Es una vida maravillosa cuando estas tres cosas se hacen realidad. Así que no te distraigas. Pon mucha atención. Número uno: es una vida maravillosa cuando valoramos a cada persona. Cuando ves el valor de cada persona. Andrés apreciaba el valor de cada alma en particular. Él fue conocido por traer individuos a Jesús, no por traerlos en masa. No tenemos un registro o constancia de que predicó ante una asamblea o multitud. En los evangelios siempre lo vemos trayendo una persona a Jesús.

¿Recuerdas cuál es nuestro desafío? Algunos de ustedes no estuvieron aquí hace dos semanas. ¿Saben qué desafío nos hemos puesto? Yo lo anoté en la parte de atrás de mi Biblia. Lo voy a tener aquí hasta que lo cumpla, pero el desafío se llama: uno. Invita, invierte y presenta. Déjame explicártelo. Voy a invitar a un vecino o a su familia a que vengan a cenar nuestra casa.

Janet va a cocinar y vamos a compartir la cena con ellos. Seguramente van a disfrutar mucho la cena porque ella cocina muy bien. Luego les voy a decir algo como: “gracias por venir. Realmente no nos conocemos mucho, por eso le pido a Janet que nos cuente su historia”. Entonces ella les va a decir cómo recibió a Cristo como su Señor y Salvador cuando era una adolescente en un servicio de avivamiento con Mickey Rice en la iglesia presbiteriana Myrtle Grove.

Luego voy a invitar a un amigo, alguien que yo conozca. Los voy a invitar a desayunar, a almorzar o a cenar. Después de comer, yo voy a pagar y voy a decir: “nunca les he contado mi historia...” Por cierto, si eres cristiano, déjame decirte que tú tienes una historia. Una historia que trata de tu vida antes de Cristo, de cómo conociste a Cristo y es tu vida ahora con Cristo. Así que luego de contarle mi historia voy a invitar a esa persona a venir a la iglesia.

Quizá digas: “¿solo vas a invitar a una persona siendo un predicador? Tú sabes que eso no es verdad. Ya he invitado a 7 u 8 personas en lo que va de este año, pero el punto es que la mayoría de ustedes que me están escuchando nunca han invitado a alguien a conocer a Jesús.

Nunca has realizado un papel sobrio, modesto y poco visible como este, pero que es sumamente valioso. ¿De qué estoy hablando? De llevar a alguien a Cristo. Date cuenta de que Andrés era impulsado por su gran pasión por la verdad. Él estuvo dispuesto a padecer situaciones extremadamente difíciles. Dios lo usó. Fue un hombre que unos pocos meses después del bautismo de Jesús escuchó el llamado de Dios en su vida. Él fue un hombre que hizo la diferencia. Él trajo a Pedro a Jesús.

Mírame, solo uno. Trajo a un jovencito con su almuerzo a Jesús, solo uno. A Andrés se le conoce como el primer misionero a los judíos porque en el Nuevo Testamento él trajo judíos a Jesús.

Luego, si lees Juan 12:20... Ahora, recuerda que la Biblia dice que unos griegos vinieron a Felipe y le dijeron que querían ver a Jesús. Pero Felipe no los llevó a Jesús, ¡Andrés sí! ¿Y sabes lo que los teólogos dicen sobre Andrés? Que fue el primer misionero a los extranjeros. Él trajo a los griegos a nuestro Salvador judío. La mayoría de las personas no vienen a Cristo al escuchar un sermón en un auditorio como este. Vienen a Cristo por la influencia de una persona. Yo puedo decirles que fui salvo por la predicación de M. E. Gibson, pero siendo honesto, la razón por la que lo estaba escuchando predicar era porque una persona —N. W. Pridgen— fue implacable en invitarnos a Janet y a mí a asistir a la iglesia. Andrés trajo a uno, luego Pedro trajo a miles. Voy a hacer algo, lo que voy a decirles lo intentaré hacer con la mayor claridad y valentía posibles. Ustedes no conocieron a N.W. Pridgen, pero N.W. Pridgen me trajo a Jesús.

Ahora, escucha esto. Todo el fruto del ministerio de Johnny Hunt es —en última instancia— también fruto del ministerio fiel de N.W. Pridgen. Mira, me imagino que cuando lleguemos al cielo, quizá alguien grite: “¡allá está Simón Pedro!” No tengo idea de cómo va a ser en realidad.

Y algunos más dirán: “¡Pedro nos enseñó algunas cosas sobre el sufrimiento! ¡Nos habló sobre la persecución en primera y segunda de Pedro! ¡Caramba! ¡Él nos habló sobre el día del Señor!” Todos nos miraremos y diremos: “¡Vamos! ¡Conozcamos a Pedro!” Y aunque en el cielo le daremos toda la gloria a Dios, me imagino a Pedro diciendo: “¡amigos! Antes de que me den todo el crédito de mi ministerio y por las cosas que dicen ustedes en que los ayudé... ¡Oye, Andrés! ¡Ven para acá!”

Y Andrés va a llegar un poco tímido porque nunca estuvo delante de tanta gente. Él siempre estaba tras bambalinas. Viviendo con un perfil bajo, tocando a una persona a la vez. Y Pedro dirá: “quiero que sepan que no hubiera habido un sermón de Pentecostés si no hubiera sido por mi hermano que me valoró como persona y me presentó a Jesús”.

A propósito, el diablo está haciendo su trabajo en la iglesia. Déjame decirte cómo. No hay nadie en este lugar que si supiera con certeza de que si su vecino viniera a Cristo sería el próximo apóstol Pedro, ponme atención —Dios ayúdame a decirlo de tal forma que lo comprendan— ¿Qué tal si la persona que traigas a Jesús llegue a ser el próximo Johnny Hunt? Vamos, si Dios ha hecho algo a través de mí, ¡a él sea toda la gloria! Él ha escogido hacer algo significativo con una vida que era insignificante.

¿Sabían ustedes que la bisnieta de D. L. Moody comenzó a reunirse aquí para adorar con nosotros? ¿Lo sabían? ¡Ella fue muy dura! Realmente lo era. No sé si ella llegó a ser creyente bajo nuestro ministerio. Ahora, siempre me ha gustado mucho D. L. Moody. He leído diferentes biografías suyas. ¿Quiéren saber por qué? Si sabes quién trajo a Jesús a D. L. Moody a sus 18 años, es porque leíste su biografía. Su nombre era Edward Kimball. ¿Sabías que Edward Kimball era un maestro de escuela dominical? ¿Sabías que era muy tímido e introvertido? ¿Sabías que se sintió impulsado por Dios al punto de tener una fuerte impresión de que tenía que compartirle a un joven? ¿Sabías que ese joven al que tenía que compartirle era D. L. Moody? ¿Sabías que D. L. Moody estaba trabajando en la tienda de zapatos Holston? ¿Sabías que D. L. Moody era analfabeta? ¿Sabías que tenía mal carácter, le caía mal a todos y era una persona bastante hostil?

Así que allí estaba ese hombre tímido y Dios le asignó esa misión. Cuando decidió ir a compartirle el evangelio, iba de camino hacia la tienda. Dice que estaba tan nervioso que ni cuenta se dio cuando pasó por la tienda. Entonces, cuando se percató de que se había pasado, dijo para sí: “¡Tengo que hacerlo!”

Permíteme contarte una anécdota. ¿Sabías que una vez Dios me habló a mi corazón y me dijo que había alguien a quien yo debía ir y compartirle la Palabra? Voy a ser muy honesto al relatarte esto. Yo tenía tanto miedo que la noche que fui a compartirle, iba solo y en el camino casi me mojo en los pantalones. Tenía tanto miedo que tuve que detenerme en una gasolinera para ir a orinar.

¿Qué te quiero decir con todo esto? Que tú no estás viendo delante de ti a un súper testigo de Jesucristo. Estás viendo a un hombre que tiene las mismas luchas que tú tienes cuando Dios te dice que vayas y le compartas el evangelio a alguien. Quizá te estés preguntando: “¿Y por qué estabas tan nervioso?” Ah, lo que sucedía era que la persona a la que Dios quería que yo le compartiera —escucha esto, nunca has escuchado esta historia— se llamaba: Jack Vereen. ¿Qué sabes de Jack Vereen? No me gusta contar esta parte, pero yo comencé a emborracharme desde que tenía 11 años. Mi papá no estaba con nosotros, mi mamá tenía dos trabajos y yo sabía dónde escondía el licor. Como resultado, yo asistí a mi primera fiesta cuando estaba en el undécimo grado de la escuela. Y cuando cumplí mis 16, abandoné la escuela por completo.

“¿Y qué sucedió durante todos esos años?”, te preguntarán. Francamente, me da vergüenza contarlo —¡Dios mío! ¡Qué bueno que mis nietos no vinieron hoy! — pero, préstame tu atención. Yo iba a la secundaria de forma regular. Yo sentía que lo que hacían en la escuela era soportarme porque yo no hacía las tareas, ellos sabían de que no tenía un papá en casa y que mi madre estaba criando a 6 hijos y dando su mejor esfuerzo. Quizá pensaban que si yo continuaba estudiando algún día podría hacer algo en la vida. Cuando Dios me llamó a predicar, pensé que era tiempo de prepararme, así que tuve que sacar la secundaria haciendo los exámenes con el sistema GED. Para que te des una idea, ¡los tuve que repetir 3 veces! ¡Soy un erudito en eso!

Tres intentos para pasar los exámenes de GED. No lo logré las primeras dos veces, pero en cuanto lo logré me fui a estudiar. Cuando estuve allí comencé a tomar griego, y me dijeron: “Así como aprendiste inglés...” Y yo: ¿En serio sé hablar inglés?” Oye, no estoy tratando de hacerme el humilde, ¡para nada! Estoy siendo muy honesto y lo digo delante de Dios. Lo cierto es que mi inglés no era muy bueno. Ya sé que algunos de ustedes están pensando: “¡No te preocupes! ¡Lo sabemos desde hace 5 años!”

Déjame decirte qué sucedió. Mi esposa tenía 17 años con 17 días cuando nos casamos. Se graduó con honores. Tuvo muchos ofrecimientos de becas de diferentes colegios, pero nos casamos y al poco tiempo, Dios me llamó a predicar. Así que lo dejó todo y consiguió un trabajo de tiempo completo para ayudarme a ir a estudiar. Mi esposa quería ayudarme. No la critico por eso, ella realmente quería ayudarme. Se sentaba en la primera fila con un cuaderno de notas cuando yo predicaba y si cometía un error gramatical, ella tomaba nota. Al minuto veías que ya le había dado vuelta a la página. ¡Es en serio! ¡Delante de Dios se los digo! Luego nos íbamos a almorzar y, mientras comíamos, ella me decía: “amor, ¿sabes lo que dijiste? Dijiste “haiga” y es “haya”. Ella deseaba que yo hiciera las cosas bien.

Moody era muy parecido a mí. ¿Sabes cómo apodaban a Moody cuando predicaba? ¿Cómo crees que le decían cuando predicaba? “El loco Moody”. Quizá te preguntes: “¿Por qué no estás relatando todo esto?” Quiero compartirles siguiente: mucha gente que conoce mucho sobre la historia de la iglesia sabe quién fue D. L. Moody. y aun así no podrían nombrarte una sola persona que lo llamara: “el loco Moody”.

De hecho, él cuenta que una mujer después de un servicio se le acercó y le dijo: “¡No deberías volver a predicar! Así como hablas destrozaste el idioma inglés”. Eso lo desanimó. No supo que hacer y dice que sintió como si Dios mismo se lo hubiera dicho.

Pero Moody le respondió: “señora, ¡jore por mí! Quiero hacerlo mejor y estoy trabajando para mejorar mi inglés. Lo que hago es intentar darle el evangelio a todo el que puedo, con todo lo que sé y de la forma que lo sé hacer”. Luego le dijo a ella: “señora, ¿qué está haciendo con lo que usted tiene?” Algunos de ustedes tienen mucha más educación que yo. Quizá tengas una mayor educación que D. L. Moody, pero la pregunta es: ¿qué estás haciendo con lo que tienes?

Ponme atención. Kimball dijo que cuando fue a ver a D. L. Moody pensó: “¡Creo que mejor me iré! Si la gente se entera de que soy maestro de escuela dominical y me ven entrar a la tienda de zapatos, se van a burlar de él y van a creer que yo lo quiero convertir en un buen hombre. ¡Mejor me voy!” Finalmente, no lo hizo, sino que entró sabiendo a lo que iba. Cuando entró preguntó: “¿Está Moody?” ¿Dónde crees que estaba Moody? Moody estaba al fondo del almacén acomodando los zapatos y entonces Kimball entró y dice que lo acorraló.

En una ocasión le preguntaron a Kimball, “¿De qué le hablaste a Moody?”

Él dijo: “¡Dios mío! ¡No lo sé! Estaba tan nervioso, pero creo que le hablé del amor de Dios y de la cruz, pero yo no fui para ganarlo para Cristo, solo fui para que conociera del evangelio. Cuando terminé de hablar me dijo: me gustaría dar mi vida a Jesús en este momento”. Entonces lo llevó a Cristo. Oye, algo que encuentro interesante, es la forma en la que Dios lo usó para alcanzar a D. L. Moody. ¿No es sorprendente? ¡Usó a un temeroso y tembloroso maestro de escuela dominical!

Por cierto, para que quede claro, ¿saben cómo fue que Charles Spurgeon se convirtió al evangelio? Mira, es que se ha escrito tanto del evangelio en estos años que sientes que necesitas ser un erudito para entonces decidirte a predicar. Incluso, para animarte a compartir tu fe. Pero puedo decirles que este gran hombre de Dios a quien todos citan, fue a un servicio de la iglesia y el predicador no pudo llegar porque estaba nevando. A propósito, él se salvó el mismo día que yo, pero 100 años antes, el 7 de enero, en una noche con nieve. ¿No es asombroso?

¿Quién estaba predicando? Un laico. ¿Y, qué hizo el laico? Abrió su Biblia y la leyó, y luego dijo: “*Pongan los ojos en el Señor y serán salvos todos los términos de la Tierra*” Y de inmediato señaló a Spurgeon y le dijo: “¡Tú, joven! ¡Sé salvo!” Y fue salvo. Se



salvó esa noche. ¿Delineó el evangelio de tal forma que pudiera entender que la ira de Dios había sido detenida por Jesucristo? ¿Le habló con detalle de la expiación? ¡No señores! El poder de Dios —el Espíritu Santo— tomó a este sencillo testigo del evangelio, lo llevó al corazón de este hombre y Dios lo cambió radicalmente. ¡Dios ayúdanos!

Amo el evangelio. Todas las semanas leo sobre el evangelio, pero si somos inseguros y titubeamos, podemos engañarnos y creer que todo debe estar perfecto para entonces compartir el evangelio; sin embargo, mientras esperamos las condiciones perfectas, la gente va directo a un infierno perfecto. Háblales de lo que sabes. Cuéntales lo que Dios hizo por ti. Yo no conozco a otra persona que haya sido salvada como resultado de la vida de Edward Kimball.

Déjame decirte lo que sucedió cuando Moody se salvó. Él llevó a Cristo a un hombre que se llamaba C. T. Studd. Él llegó a ser un gran pionero en la historia de las misiones. También le compartió a otro hombre llamado Wilbur Chapman quien llegó a ser un evangelista. Si hacemos historia, te darás cuenta de que Wilbur Chapman les compartió a otros, quienes a su vez les compartieron a muchos otros y así llegaríamos hasta al momento en el que Billy Graham vino a Cristo. Te pregunto: ¿hubiera sido salvo Billy Graham si Edward Kimball hubiera desobedecido al Señor? ¡Por favor! ¡No me lances tus armas teológicas! “Todo se resuelve con la soberanía de Dios”, dirán algunos.

Te voy a decir cuál es la realidad de la soberanía de Dios. Él es mucho más grande que nosotros, sus caminos son más altos que nuestros caminos, sus pensamientos más altos que los nuestros. ¡No me digas que ya está resuelto! Yo sé esto, ¡Dios!, yo sé esto: el mundo no va a escuchar el evangelio a menos de que el pueblo de Dios sea fiel y lleve el evangelio hasta lo último de la Tierra. ¡Punto! Él no decidió usar un altavoz o a los ángeles, él nos levantó, nos llenó del Espíritu Santo, nos dio su Palabra, nos dio sus instrucciones para la guerra y nos envió. ¡Guau! Acabo de tener una comida con el pastor de la iglesia Bíblica Moody, Erwin Lutzer y he leído varios de sus libros. Él les diría que la historia testifica —¿me están siguiendo?— que varios millones llegaron a la fe en Europa y en los Estados Unidos por el testimonio de D. L. Moody, porque un hombre entendió el significado de lo que valía cada alma, y fue y le compartió.

Tienes 48 semanas. ¿A quién vas a traer? Y aquí es donde el diablo ha tomado ventaja. Si creyeras que tu invitado puede ser el próximo D. L. Moody, estoy seguro de que te levantarías de tu asiento y estarías visitándole en este momento.

Te esforzarías por llegar lo más rápido posible porque estarías muy emocionado por lo que Dios haría; sin embargo, desgraciadamente eres parte de las estadísticas negativas. En lugar de preguntarte por lo que Dios podría llegar a hacer con la persona que le conozca a él a través de ti, estás preocupado por la vergüenza que podrías sentir si te preguntaran algo que no sabes. Tráelos aquí y permíteles que mi lenguaje bíblico iletrado los lleve a nacer de nuevo.

Recuerdo una vez que estaba predicando. Era el nuevo pastor de la iglesia bautista de Livonia. Ahora, ustedes saben que solo tenía tres años de ser cristiano. Algunos de ustedes creen que es una gran cosa ser maestro de escuela dominical. Imaginate, yo fui salvo y estudié por tres años en la escuela de teología. Y ese día yo iba a predicar sobre los hipócritas en la iglesia. Y yo no sabía cómo se pronunciaba esa palabra. Así que yo prediqué sobre la “hiproquesía”. Entonces les dije: “¡esta iglesia está llena de “hiproquesía”! ¡Ustedes “hipróquitas”! ¡Ustedes necesitan arreglar sus cuentas con Dios!”

Más tarde una señora vino conmigo y me dijo: “Pastor...” Y la verdad fue muy dulce conmigo. La recuerdo muy bien y me alegro de que me haya ayudado para hacerlo mejor. Me dijo: “no se dice: hiproquesía, se dice: hipocrecía”. Y yo le dije: “¡Muy bien! ¡Como sea! ¡Esta mañana varios hipróquitas arreglaron sus cuentas con Dios!” Y ella dijo: “Hipro... ¿qué?” Lo que quiero que entiendan es que tal vez no lo hagan bien, pero Dios siempre lo hace bien. Somos tan dependientes. No se trata de que Dios dependa de ti, sino de que tú dependas de Dios.

Bueno, tengo que resumirlo. Ya casi se me acaba el tiempo y solo llevo un punto, así que me voy a apurar. Es una vida maravillosa cuando ves el valor de las pequeñas cosas que no tienen valor. “¡Espera un momento Señor!”, dijeron sus discípulos. “¡Sería mejor que despidieras a la gente porque no han comido!” “¡Aliméntenlos ustedes!”, les respondió Jesús.

“Señor, ¡hay 5,000 hombres sin contar mujeres y niños!”, dijo Felipe. Él insistió en que debían despedir a la multitud. Yo soy un Felipe. Yo los hubiera despedido a todos, pero Andrés pensó que si Dios decía que los alimentaran, era porque Dios quería que así fuera. ¿No te alegras de que haya gente como Andrés? Él pensó que si Dios decía eso era porque él tenía algo planeado.

¿Qué hizo entonces? Fue y encontró a un jovencito. Ahora imagina la escena. Voy a darte una traducción literal del Nuevo Testamento en griego. Él dijo: “Señor, encontré a este jovencito, tiene cinco panes pequeños...” y la palabra que usa para los dos peces es “sardinas”. “Pero...” —interpuso una pregunta— “¿Qué es esto para tanta gente?”

Esta es la razón por la que algunos de ustedes no dan. Porque creen que lo que dan es muy poco. Sí, parece insignificante, y tú piensas: ¿qué es esto para tanta necesidad? Poco es mucho en las manos de Dios. Cosas insignificantes son usadas para hacer cosas significativas, y de este modo Dios se lleva la gloria.

Escuché de un predicador que tenía muy poca experiencia. Era muy nuevo y había un hombre que le causaba dolores de cabeza en sus sermones. ¡Gracias a Dios yo nunca tuve a alguien así! Entonces, este hombre le decían las cosas de frente porque en ese tiempo no había correos electrónicos donde pudieran escribirte de forma anónima y desde una cuenta falsa. Así un día ese joven estaba predicando muy emocionado.

Ustedes saben que yo me emociono y de repente no digo bien las cosas. Una vez estaba predicando de Jonás y no volví a predicar de Jonás por dos años después de eso porque me sentí muy avergonzado. Era un predicador muy joven y dije: “Pero Jonás estaba en la ballena del vientre. ¡Sí, Señor! ¡Jonás estaba en la ballena del vientre!” Fuego salía de mí, pero se extinguió en el vientre de la ballena. Me sentí tan avergonzado que pensé que nunca podría hacerlo bien otra vez.

En cierto modo, me alegro de tener cáncer de próstata, porque esa palabra la confundía mucho con la palabra “póstrate”. Así que, por fin lo entendí bien. Antes decía: “¡Próstata delante del Señor!” Y así lo dije por muchos años. Tuve muchas razones para haberme dado por vencido por tantas equivocaciones y de verdad, me asombra que no lo haya hecho.

Entonces, estaba este joven predicador predicando con pasión, lleno del fuego y dijo: “voy a decirte algo, Jesús tomó 5,000 panes y 2,000 peces y alimentó a 5 personas”.

Y una persona mayor en el servicio le dijo —escucha lo que este viejo malhumorado le dijo— “¿Ah, sí? Si él hizo eso, ¡entonces yo también podría hacerlo!”

Así que el joven predicador ya ni pudo terminar de predicar porque ahora sí había echado a perder el sermón. Alzó las manos, oró y despidió a todos para sus casas. Entonces dijo para sí: “la próxima semana, lo voy a predicar bien. Le voy a mostrar a ese hermano de lo que soy capaz”. Así que regresó la semana siguiente y dijo: “Jesús, tomó cinco panes y dos peces y alimentó a 5,000 personas”. Y nadie dijo nada. Así que dijo: “¿Qué tal eso?”

Y la persona mayor le dijo: “¿Ah, sí? ¡Eso también lo podría hacer yo” “¿Cómo?”, le preguntó el joven predicador.

Y el hermano le dijo: “¡con lo que sobró de la semana pasada!”

Pregúntate: ¿por qué fue importante? Mírame por un momento: ¿por qué es importante que Jesús haya alimentado a 5 mil personas con la comida de un niño? ¿Habrá alguna lección que podamos llevarnos a casa? Andrés entendía que no hay nada que le demos a Dios que sea insignificante en las manos de Jesús. Muy poco puede ser usado para lograr mucho. Eso fue un testimonio del poder de Dios. No hay cosa pequeña que sea insignificante en las manos de Jesús. Algunos de ustedes creen que nunca podrían compartirle de Dios a su vecino.

Dios puede usar tu debilidad y solo cuando reconozcas tu debilidad es que el poder de Cristo será tu fuerza, y entonces, él tomará tus habilidades insignificantes y logrará cosas extraordinarias.

Déjame darte un último punto: es una vida maravillosa cuando vemos el valor del servicio discreto. Andrés es el vivo ejemplo de aquellos que sirven discretamente en lugares humildes. Efesios 6:6 dice: “No actúen así sólo cuando los estén mirando, como los que quieren agradar a la gente, sino como siervos de Cristo que de corazón hacen la voluntad de Dios”. Su ministerio era apoyar a los demás. No le importaba no ser tan visible con tal que se realizara el trabajo. Era un líder con un corazón de siervo. Andrés nunca predicó a multitudes ni fundó ninguna iglesia.

Sabes que tenemos a los padres de la iglesia, y también existe la tradición de la iglesia, y en ocasiones los dos coinciden. Y en cuanto a Andrés, la tradición nos cuenta cómo terminó su vida. Estoy finalizando. ¿Cómo terminó su vida Andrés? Muchos teólogos e historiadores creen que llevó el evangelio a Rusia. Algunos dicen que pudo haber llegado hasta Escocia. Se cree que le compartió de Cristo a la esposa de un gobernador de una provincia romana. Ella le entregó su vida a Cristo y fue radicalmente salvada. Su esposo estaba tan enojado de que ella hubiera puesto su confianza en Jesús que le exigió que se retractara, pero ella se negó a hacerlo. Así que él dijo: “Bueno, si no te retractas, ¡él no le va a predicar a nadie más!” Así que ordenó que Andrés fuera crucificado. Lo crucificaron en una cruz en forma de “x”. El gobernador romano quería que Andrés sufriera, por eso, en vez de clavarlo, lo ataron a la cruz. La tradición dice que pasaron dos días antes de que muriera. Sus últimos suspiros los usó para suplicarle a las personas que abandonaran sus pecados y le dieran su vida a Jesús.

¡Guau! Lo que Dios puede hacer con una vida aparentemente insignificante que ve el valor significativo de un alma. Recuerda la vieja canción, si ya tienes tiempo de conocer al Señor seguramente conocer esta canción viejita: “¿Debo irme a casa con las manos vacías?” La letra habla de encontrarte con Jesús en el cielo sin que lleves a nadie contigo. Escucha esto, habla de darte cuenta de que al momento de presentarte delante de Jesús no haya nadie que haya llegado por tu testimonio. Una cosa es que lo hayas intentado y ellos no hayan querido, y otra muy distinta que no lo hayas intentado. Espera un minuto: ¿a quién no quieres presentar? ¿A tu mejor Amigo? Espera un minuto, ¿es en serio? Nunca nadie se preocupó por mí como Jesús. Nadie satisface mi alma como él.

¿De verdad vas a vivir toda la vida sin testificarle a un compañero de trabajo? Si fuera dueño de una empresa, buscaría continuamente la forma de traerlos, aún les pagaría, les daría de comer y les daría mi testimonio. Haría lo que estuviera a mi alcance para asegurarme de que todas las personas sobre las que tengo influencia conozcan a mi mejor Amigo. Y, sin embargo, dicen que el 98% de nosotros, ¡98%! nunca ha invitado a una persona sin iglesia, a una persona no salva. Dicen que solo el 20% de nosotros invitaremos a otro cristiano: “Oigan, ¿se mudaron aquí y van a la iglesia bautista? Vengan, también nosotros vamos a la iglesia bautista “. Solo uno de cada cinco haría eso, pero el 98% no invitará a una persona sin iglesia y sin salvación. ¡Guau! Esto debe de cambiar.